



manuel olimón nolasco

historiador

UMBRAL.

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Como ráfaga de aire fresco al caer de la tarde, llegó desde Roma la exhortación apostólica del Papa Francisco “Evangelii Gaudium.” (“La alegría del Evangelio.”) Al avanzar la lectura, sin embargo, esa fresca ráfaga se transforma en viento impetuoso capaz de derribar estructuras. Así es el Espíritu de Dios, brisa tenue y susurrante pero también fuego intenso que—lo expresó San Juan de la Cruz— “tiernamente abrasa.”

En medio de un mundo taciturno, enojado, deprimido a causa de la búsqueda de respuestas placenteras inmediatas, la voz del Papa se presenta bajo el signo de la novedad. Invita a la alegría “venciendo el gran riesgo del mundo actual: la tristeza individualista”, alegría que proviene de la “frescura original del Evangelio”. Para obtenerla no puede encararse a Jesucristo por medio de “esquemas aburridos” sino mediante un encuentro con Él, vivo y que da vida. Es invitación a revisar en la práctica de la Iglesia, “costumbres tal vez arraigadas” que privilegian elementos colaterales del mensaje cristiano y suplir “prácticas anticuadas y rancias por la audacia creativa”, buscadora no de impactos momentáneos y llamativos, sino de “CONCENTRARSE EN LO ESENCIAL.” Insistió Su Santidad en la necesidad de una “conversión pastoral” que habrá de comenzar en el ejercicio del papado y continuará en la Curia Romana, las Conferencias Episcopales y todos los ministros de la Iglesia. Sólo de esa forma se logrará que se cumpla la voluntad de Cristo: que todo el cuerpo eclesial sea evangelizador.

A propósito de esa indicación clave de concentrarse en lo esencial, que supera tantas visiones parciales del ser y la conducta cristianas, el Papa reflexionó acerca de la relación tantas veces

desigual y equívoca entre la FE—inmensa, casi oceánica en su profundidad—y el lenguaje en el que se expresa, débil y en ocasiones devaluado por el abuso publicitario de nuestros días. ¿Qué quiere decir en realidad, por ejemplo, libertad, felicidad, amor? Un buceo en las páginas de la revelación—“hechos y palabras intrínsecamente ligados” según el Concilio Vaticano II—hará falta para devolverles contenido e impulso. No obstante—recalcó--la precisión en los términos o la modernidad en los métodos no basta. Hace falta que quien anuncie el Evangelio lo viva, sea su testigo y no sólo un portavoz de mediocre fuerza.

Para ello, hemos de abandonar un cierto complejo de inferioridad frente a un mundo que se presenta triunfador aunque en realidad es como la estatua de Nabucodonosor con débiles pies de barro. Urge adquirir o recuperar una identidad precisa y no ambigua o titubeante. Esta identidad ha de enfrentarse con humildad a riesgos como “la tecnología que se sitúa por encima de la relación interpersonal, la ‘globalización de la indiferencia’ frente al prójimo, el ‘desprecio socarrón’ de la ética y la falsa filtración de la riqueza, es decir, el anuncio falaz de que la acumulación de ‘los de arriba’ llegará a ‘los de abajo’ como cascada benéfica.” Entre los riesgos no dejó de mencionar la tentación de “una Iglesia mundana colocada detrás de telones espirituales y pastorales.” Bien valdrá la pena un sereno examen de conciencia.

Un cristiano auténtico no puede ser un individualista, pues la fe es un hecho esencialmente comunitario, difusor y contagioso: “la fe auténtica lleva en sí el deseo de cambiar el mundo.” Por ello, el cristiano habrá de tener cuidado no sólo de enfrentar los grandes retos de la historia presente reconociendo los signos de los tiempos, sino encontrar con cuidado y delicadeza las propias pequeñas complicidades con las redes del mal que acechan día a día, generalmente inconscientes y “acostumbradas”.

El Papa, motivado por comentarios que ha recibido, habló de la homilía, elemento básico de comunicación en la Iglesia, de relación interpersonal única y probada por el tiempo. Ha de prepararse responsablemente, ser “breve, no una charla o una clase”, sus palabras “harán arder los corazones”, como las de Jesús en el camino de Emaús, contendrá “una idea, un sentimiento y una imagen” y sobre todo, “transmitirá esperanza, no negatividad cerrada.”

Pasó revista a distintos espacios necesitados de diálogo en el mundo (con los cristianos separados, con las religiones monoteístas, con los agnósticos e indiferentes) e invitó a “afinar la mirada con la contemplación” y hacer a la Iglesia “compañera de camino de quienes buscan a Dios y desean

verlo." Animó a todos a ser "evangelizadores con Espíritu", es decir, personas que vivan y anuncien el Evangelio "con audacia, en voz alta, en todo tiempo y lugar e incluso a contracorriente."

Mensaje diáfano y comprensible trasmite "Evangelii Gaudium." Sin embargo, esas características son las que lo hacen un reto difícil de asumir. Si queremos ser cristianos de verdad y no sólo llevar el nombre como adorno inútil, habrá que asumirlo con oración constante y perseverancia esperanzada.